

DIPTEROCARPA DE
JUAN A. MARTÍNEZ DE CASTRO

con el licor que encierra uno de los botecitos que conduce: machaca algunas yerbas y se las aplica sobre el pecho: alaja los vendages de sus heridas, las reconoce y las refresca con otro licor; y sin perder de vista el mas ligero movimiento ni desperdiciar la indicacion mas lejana, acude pronto á ella, segun su juicio le aconseja, y muda de color y tiembla sin embargo cada vez que nota un nuevo accidente.

Despues de algunas horas de este continuo ejercicio sin vislumbrar la mas ligera esperanza, llega la noche, y con ella se presenta un viento fresco y suave, que se hace sentir hasta en el centro de la cabaña: Gonzalo abre con precipitacion la ventana y la puerta, y su rostro se anima, como si aquella brisa inesperada le hubiese hecho concebir algun halagüeño presentimiento. Redobra sus cuidados y su eficacia, observa con detencion, y advierte que la respiracion del enfermo es ya menos violenta y sus convulsiones menos continuas. Corre hácia el lugar en que Zaida llora, casi desfallecida, en los brazos de Xéuris, y la participa sus esperanzas, y con ellas la consuela. Ven, la dice, ven; acompañemos ya juntos á nuestro padre: el peligro pasó; pero te ruego que no llores, que seas prudente, y que no aumentes con tu dolor el del enfermo, que ya puede escucharlo. Venid tambien, Xéuris; venid y ayudadnos á socorrerle.

Dirigense hácia el lecho del anciano, y en efecto, sus facciones han cambiado notablemente: su vista se aclara por momentos; sus quegidos son aun profundos, pero los lanza con menos dificultad; su cuerpo reposa en la mayor quietud, y han desaparecido los sacudimientos nerviosos, que poco antes le acometieran con tanta frecuencia. Zaida contempla en silencio á su querido padre, y estrechando la mano del Gonzalo, quiere manifestarle su gratitud. Permanecen todos inmóviles por algun tiempo, y al cabo se escucha una voz apagada que parece salir del centro de un sepulcro....Hija mia, donde estas?—A vuestro lado siempre, amado padre!... Os sentis mejor; no es verdad, padre mio?—Si, ya respiro de nuevo con mas facilidad. ¿Donde hé pasado tantas horas?... Cuanto he padecido en ellas!...

Te sentia algunas veces llorar.... y no podia consolarte!.... Ven; acércate á mi corazon.... tú tambien habrás padecido mucho...—Callad, padre mio, no os acongogeis, que puede seros dañoso. Quereis algo?—Sí; una poca de agua.

A una insinuacion de Gonzalo, que hasta entónces procuraba ocultarse, Zaida vertió en la taza unas cuantas gotas del líquido que contenia un frasco de los que condujo aquel.—Tomad, padre, bebed; y ojalá que este agua os refresque y os vivifique tanto, como la que yo vierto diariamente en mi tiestecito de flores.—Este agua me vuelve la vida...Hija mia, qué tiene este agua que tanto me consuela?... Ven; acercamé de nuevo el vaso: quiero apurarlo.

El anciano enfermo bebió nuevamente, y pocos instantes despues, se cerraron sus ojos con un sueño dulce y tranquilo, que no habia podido disfrutar desde la época de sus desgracias.

F. M. de Molina.

(Se continuará.)

A UNA MUGER ELEGANTE.

¿Viste purpúrea rosa
en plácida mañana
bulliciosa mecerse
entre las verdes ramas,
sus pétalos mostrando
á las sutiles auras
que alegres y afanosas
mil besos la arrebatan?

Pues mas hermosa brilla
entre las bellas, Laura,
cuando risueña sales
con tus lucientes galas.

¿Viste en el prado ameno
la gota trasparente
que dejó entre las hojas
la derretida nieve,